sadas á pedirme socorro y á rogarme que arregle los asuntos y los ponga en orden. Y como quiera que todas esas discusiones me atormentan, me ponen nervioso, no me dejan digerir, y estoy cansado de sostenerlas, os dejo hablar si eso os distrae, y buenas tardes.

Lívido, con el paso agitado y las manos temblorosas, Prévinquieres salió del salón cerrando con violencia la puerta, y fué á encerrarse en su gabinete. La señora Prévinquieres y Duburle se miraron sin decir palabra. Un rato después el Barón dijo con acento que demostraba su descontento:

—Mi querida amiga, hace usted mal tratándole como le trata. Es tan bueno y tan indulgente, que no tiene usted perdón de Dios si no alcanza de él cuanto se le antoje.

—Tiene usted mucha razón; pero cuando se trata de la boda de Rosa no me puedo dominar. Es asunto que me preocupa tanto...

—Vamos; una joven tan bonita como ella y que tiene un millón de dote, no se queda nunca para vestir imágenes.

—Pero es preciso que no la quieran por su fortuna.

—Ya ha oído usted que solo se casará con un hombre muy rico.

—No tiene pelo de tonta, pero cuando se trata de elegir marido la reflexión no es el todo; es preciso que el corazón tome también la parte

que le corresponde. Casarse sin amor es tan triste...

La señora Prévinquieres, entristecida y suspirante, fijando una mirada en su antiguo amigo, todavía esbelto, murmuró:

—Para mí sería causa de gran desolación si más tarde mi hija se viese obligada á hacerse las reflexiones que yo me hago. Además, ¿quién sabe si ella tendría la suerte de encontrar las compensaciones que la vida me ha sabido ofrecer?

Y levantándose, bajaron lentamente al parque, en donde Rosa estaba todavía cogiendo flores...

II

Es muy cierto que Prévinquieres, cuando se quejaba amargamente de la educación de sus hijos, no exageraba nada.

Educados en su propia casa, lo habían sido, sin embargo, de un modo totalmente opuesto á las ideas y principios de su padre. No se puede negar que de veinticinco años á esta parte se ha producido una modificación profunda en los espíritus, y que entre los hijos y los padres existe

una disparidad casi completa en ideas y sentimientos. Nunca en ninguna época, á no ser en el momento en que la revolución estableció por la violencia, en Francia, un orden de cosas completamente distinto al que acababa de desaparecer, se ha producido una variación tan grande en los modos de ver y de sentir.

La nueva generación, acostumbrada á los ejercicios físicos, viviendo mucho al aire libre y en una promiscuidad de sexos favorecida por los deportes que se ejecutan en común, se ha formado con gran independencia y atrevimiento. El sentido del respeto se ha debilitado, y las diferencias de edad han dejado de ser causa de veneración. Ya no se escucha á los viejos, se sonríe ante sus opiniones, con frecuencia se les considera como chiflados, y ni se tiene la delicadeza de ocultarles el concepto que merecen. El sentimiento de la personalidad se ha acentuado, y los respetos que en otros tiempos imponía la diferencia de edad y la cortesía se han olvidado. Se empuja á los viejos y á los débiles porque en la vida es preciso caminar de prisa para llegar. Las ideas que dominan tienen un fondo de utilitarismo lamentable, y todo lo que era sentimiento ha parecido anticuado y bueno únicamente para desprenderse de él como de una carga pesada. De ahí esa sequedad de los espíritus, ese egoísmo en las relaciones, y esa forma aguda y cortante en la discusión, que da á las palabras un

sentido amargo y á las acciones un valor material que las despoja de toda belleza y de toda generosidad.

Para un burgués como Prévinquieres, rebosante de los recuerdos caballerescos de la época napoleónica, imbuído por las exageraciones sentimentales del romanticismo y lleno de las enseñanzas morales que habían dejado en el espíritu público la guerra, la invasión y la revolución comunista, el escepticismo razonador, el desdén por las rancias fórmulas, el afán de llegar sin escrúpulos, que son el carácter distintivo de la nueva generación, de la que encontraba en sus hijos los síntomas principales, eran causa de disgusto. No los comprendía, y sentía que ellos no le comprendían tampoco. Ni las palabras pronunciadas por los hijos parecían tener el mismo sentido que las del padre, ni los actos tenían el mismo valor. Prévinquieres se encontraba extraño entre los suyos. Cuando exponía sus ideas adivinaba en las miradas la burla y casi el desprecio. Sufría, no se atrevía á decirlo, y acumulaba en su interior las más tristes amarguras.

Sin embargo, sus hijos no carecían de ternura para él. Le querían á su manera, que ciertamente no era mucho. Con facilidad familiarizaban con él, le trataban como á un compañero; pero Prévinquieres sufría por creerse despojado de la autoridad que sobre ellos quería conservar.

30631
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

No eran malos, antes al contrario, eran buenos, mas de un modo irónico que tenía el don de desfigurar las mejores disposiciones. En su corazón, el afecto que sentía por sus hijos luchaba con el recuerdo de los pesares que le ocasionaban. Puede afirmarse que con ellos solo tenía raros momentos de verdadera satisfacción. Con su conducta y con su modo de hablar le irritaban frecuentemente, y entre el padre y los hijos existía un desacuerdo casi completo. Era éste mucho más grave entre Prévinquieres y Mauricio, porque siendo dos hombres se guardaban menos consideraciones. Con Rosa, joven y linda, la dulzura atenuaba forzosamente la irritación que el padre sentía.

Prévinquieres, siempre alerta y presa de la más grande desconfianza, se mostraba constantemente descontentadizo y huraño. Este continuo mal humor hacía menos gratas las relaciones entre la familia, y los hijos, poco dispuestos á intimar con su padre, censuraban su poca benevolencia. Mauricio formulaba sus ideas con este juicio definitivo: «Papá es un pesado.»

Los dos adoraban á su madre. La indulgencia, la dulzura y las caricias, raras en el jefe de la familia, prodigábalas la señora Prévinquieres. Para contrabalancear la conducta de su marido se había inclinado en sentido opuesto á él, y cuanto más desagradable estaba éste, más era la madre cariñosa y complaciente. Su carácter,

amable por naturaleza, hacía que se esforzase en parecerlo, aun con sus propios hijos; además, se adaptaba con mayor facilidad á las nuevas costumbres de la transformada sociedad. Por su edad, se sentía más unida á Rosa y Mauricio, y mientras Prévinquieres se había empeñado en no abjurar las ideas y costumbres de su juventud, ella se modernizó totalmente. En el seno de esta honrada familia, en la que todos se querían sinceramente, existían desacuerdos morales que hacían muy difícil la existencia.

Las crisis, que en la casa de Prévinquieres subsistían en estado latente, habían llegado al último extremo, á causa de una calaverada reciente de Mauricio y por la manifestación de un pretendiente de Rosa. La calaverada había sido muy regular, y el pretendiente era de los que causaban inquietudes. De ahí el recrudecimiento del mal humor de Prévinquieres. Buen mozo, y muy codiciado, el hijo de la casa, se había lanzado al mundo de la galantería con la deplorable manía de querer casarse con cuantas mujeres se mostraban bondadosas con él. Amar no le era suficiente, le era preciso casarse. Su padre, á cada manifestación de este inmoderado deseo de contraer matrimonio, se sentía acometido de un acceso de exasperación tan grande, que le ponía á dos pasos de la apoplejía.

El año anterior, Mauricio había seducido á una linda joven, maniquí en casa de una fa-

mosa modista de la calle de la Paz, estando á punto de pedir judicialmente á su padre el permiso para casarse con aquella encantadora criatura. Prévinquieres prefirió dar veinticinco mil francos á la novia, que, ante tal argumento, no vaciló en romper las relaciones con su futuro. Dos meses más tarde, Mauricio se moría de amor por la Serbelli, que acababa de alcanzar un éxito inmenso en la ópera con un baile nuevo. Se había marchado con ella á Milán y había escrito á su padre desde el mismo teatro de la Scala, suplicándole que hiciese su felicidad consintiendo en su boda con la estrella. Afortunadamente, esta vez se encargó un tenor de poner fin á la aventura. Mauricio había entrado en el cuarto de la bailarina sin llamar, y la había encontrado representando una escena tan sugestiva, que al día siguiente el enamorado joven volvía, presa del mayor desaliento, al seno de su familia.

Pero, para no perder la costumbre, muy pronto se había sentido inflamado por los ojos azules y los rubios cabellos de la señorita Amadina de Narbona, la mujer más cara de París, y que, síntoma alarmante, había hecho alarde con él del más grande desinterés. Hacía tres semanas que Mauricio había desaparecido del domicilio paterno y vivía en casa de su querida, con vivo descontento por parte de los íntimos de esa amable joven, de ningún modo destinada á hacer la felicidad de un hombre solo, y sí asegurar la de

todo el mundo. Inútil fué que Prévinquieres, alarmado por la habilidad con que Amadina desempeñaba su papel, queriendo hacerse una reputación valiéndose del amor, enviase á su hijo diferentes emisarios para prodigarle buenos consejos. Mauricio no hizo el menor caso de las abjuraciones paternas. Por esta vez, él lo decía muy formalmente, era su felicidad lo que arriesgaba. Separarlo de la señorita de Narbona era lo mismo que condenarle á eternos sufrimientos. Por lo demás, comprendía que no habría de sobrevivir á semejante pérdida, y que antes que sufrir mucho más tiempo prefería levantarse inmediatamente la tapa de los sesos.

Con el barón de Duburle, consejero amable é indulgente, era con quien se había expresado de tan extraordinaria manera. Duburle, que no temía ponerse al habla con una mujer hermosa, se había apresurado á visitar á Amadina en su casa de la Avenida del Bosque, decidido á reanudar con ella la escena de persuasión que tan poco efecto había producido con Mauricio. Encontróla grave y sencilla, declarando que amaba al joven Prévinquieres y diciendo que estaba decidida á hacer penitencia de su galante pasado, sacrificando todas las ventajas que le había valido para vivir con el hombre que quería hacerla su esposa.

A semejante confidencia, el Barón había contestado con amable escepticismo, dejando entender que Mauricio era un amable majadero, del

que Amadina no tardaría en cansarse, y que Prévinquieres, hombre avisado y firme en sus resoluciones, era muy capaz de desheredar á su hijo y colocar la mayor parte de su fortuna en el extranjero, antes que fuese á parar á manos que no le pareciesen dignas de recibirla. Además, Prévinquieres gozaba de muy buena salud, podía muy bien vivir veinte años, tiempo que daría con creces ocasión á Amadina para que se cansase de Mauricio, divorciase y entrase de nuevo en su camino natural, que era el del amor sin sujeción. El rumor público pretendía que Duburle había apoyado esta argumentación definitiva y concluyente con una demostración personal y activa que provocó, primero asombro, indignación después, y más tarde cierta admiración, que disgustó á Amadina.

Ella misma dijo á Andrés de Fontenay, que lo repitió después, y por quien sin duda se conoció la historia: «Para los años que tiene ese viejo se ha portado de modo extraordinario, y si no fuese por fidelidad á Mauricio no sé lo que habría sucedido.» De todos modos, Duburle se vió en la precisión de confesar á Prévinquieres que su intervención en el asunto no había producido efecto alguno, y que consideraba perdida la partida, pues los intereses de Amadina estaban de acuerdo con la fantasía de Mauricio. Entonces el marqués de Condottier entró en escena.

Era éste un buen mozo muy bien emparentado, que vivía de los restos de un patrimonio que él y su hermana, la condesa Grodsko, habían dilapidado con una precipitación sorprendente. La joven Condesa, mujer de brillantes relaciones, estaba casada con un húngaro muy rico del que, á los pocos meses de matrimonio, se había separado, y habitaba con su hermano en el hotel Condottier, calle de Santo Domingo, negándose con irresistible energía á obedecer las órdenes del magnate que pretendía tenerla encerrada todo el año en un antiguo castillo que en medio de veinte mil hectáreas de pinares se levantaba á orillas del Theiss. Los dos hermanos se habían organizado en París una existencia muy agradable. Frecuentaban la mejor sociedad, y como la Condesa hubiese sido compañera de Rosa en el colegio, entre el hotel Condottier y la casa de Prévinquieres había buenas relaciones, á las que se oponía el industrial, cuyo buen sentido rechazaba lo que una intimidad entre los suyos y la amable pareja podía ofrecer de peligroso. Pero el Marqués era un bailarín admirable; había flirteado todo un invierno con Rosa; la Condesa se había granjeado con mucha habilidad las simpatías de la señora Prévinquieres, y á fuerza de amabilidad había conseguido desarmar á Prévinquieres mismo.

Esto supuesto, una noche, en el círculo de los Campos Elíseos, Duburle, que nunca se decidía á irse á acostar, apuraba, según su costumbre, taza

tras taza de te. El joven marqués de Condottier, que acababa de tallar al *baccará* y de ganar mil luises, se sentó junto al Barón. En aquel mismo momento entraba Mauricio. Dió un apretón de manos á Condottier, y observando que Duburle se ponía muy serio, le preguntó si se encontraba mal.

—No me siento bien, pero estoy muy descontento de ti.

—¿He hecho algo?

—Nunca se te ve en tu casa. No haces más que dar disgustos á tu madre que es una mujer muy buena...

—No seré yo quien diga lo contrario.

—Y haces que tu padre esté siempre disgustado...

—Que es el más gruñón de los jefes de tribu... ¡Bah! Se puede decir que es patriarcal y bíblico desde el punto de vista de los usos y de las costumbres. Si le dejase, me inmolaría en el altar de sus prejuicios, como Abraham quiso hacer con su hijo Isaac.

—Eres un estúpido. Tu padre es un hombre excelente que considera, con muy buen juicio, que un joven como tú no puede vivir con Amadina y en casa de Amadina á ciencia y paciencia de todo París.

—No podrán decir que ella me sostiene.

—Es casi lo mismo. Tú no le das un cuarto, y ella ha dejado por ti á los otros.

En este preciso momento, y como Mauricio hiciese un gesto que revelaba su fatuidad, el joven Marqués dejó escapar un ¡oh! acompañado de una mueca tan expresiva, que hizo enrojecer al heredero de Prévinquieres.

—¿Eso quiere decir?...—preguntó el barón.

—Sí—añadió Mauricio.—¿Qué es lo que pretende usted insinuar?

—Yo he dicho sencillamente ¡oh!—dijo Condottier con voz suave.—¡Oh! exclamación á la vez de sorpresa, de admiración ó de duda, según el tono que se le dé.

—Su ¡oh! indicaba duda—replicó agriamente Mauricio.—¿Me engaño?

—No, no es usted quien se engaña—declaró con dulzura el Marqués—, es ella quien le engaña.

—¡A mí!—exclamo Mauricio, presa de la mayor estupefacción.

—¡Ah!—dijo Duburle con acento de triunfo.—Marqués, cuéntenos eso, la cosa lo merece.

—No lo esperen ustedes—contestó Condottier.—Soy incapaz de comprometer á un amigo y compañero. No diré el nombre de la persona con quien Amadina cornifica á nuestro querido Mauricio. Lo que sí aseguro es que hay en París *quien se los pone* á un joven aquí presente. Ahora bien, si ustedes dudan de la veracidad de mis palabras, yo les ofrezco un medio de comprobación irrecusable. Yo me comprometo á triunfar

de la reciente virtud de Amadina, y esto en el término de veincuatro horas.

—¿Cómo se sabrá?—preguntó Mauricio, que había palidecido, pero dudando todavía.

—Eso, querido amigo, es asunto que no me interesa. Amadina irá á mi casa, ó yo iré á la suya, pero habrá, yo lo aseguro, un punto de reunión. Usted es quien debe descubrirlo. No puedo hacer más para abrirle los ojos, y comprenderá que no se puede pedir mayor complacencia.

—Marqués—dijo Duburle—, yo he procurado realizar la misma empresa, y fracasé.

—Amadina me lo ha referido—replicó Mauricio—, como juraría que me referirá la tentativa de Condottier. ¡Vamos! Usted calumnia á esa pobre criatura. Me quiere á mí solo. Tendrá ustad la prueba.

—Vamos á cuentas—interrumpió Duburle.—Danos tu palabra de que no la prevendrás. Estás tan enalbardado que serías muy capaz de desbaratar la combinación.

—No tema usted. Estoy seguro de ella.

—¡Está seguro de ella!—exclamó Duburle.—He ahí un animal que está seguro de una mujer. Y de una mujer cuya profesión es ser amable. Es más duro que el mármol. Condottier, aunque solo sea para darle en la cabeza, sacuda el flamante naranjo de esa joven y que lluevan mandarinas.

—Se hará lo que se pueda.

Los tres hombres se separaron, Mauricio inquieto, Duburle cáustico y Condottier tranquilo. Nadie supo nunca cómo el joven Marqués se las había compuesto con una criatura tan desconfiada como Amadina; pero á los dos días Mauricio llegó á casa de Duburle con el rostro descompuesto, temblando de rabia y confesando que acababa de sorprender á Condottier en los brazos de la señorita de Narbona. Estaba fuera de sí, hablaba de enviar padrinos á su amigo y de matarlo, y después se deshacía en imprecaciones sobre la infamia de las mujeres y la tontería de los hombres. No sin pena, Duburle logró hacer comprender á Mauricio que no estaría bien querer corresponder á estocadas á la complacencia de Condottier. Era cierto que había triunfado de Amadina, pero sin deseo y únicamente por el principio...

—Creo que será usted capaz de compadecerle—, dijo Mauricio.

—No iré tan lejos. Es evidente que no ha hecho un sacrificio penoso. La muchacha es bonita.

—Sí, bonita y canalla. Usted no sabrá nunca hasta qué extremo lleva la hipocresía y la mentira. En esto es una especialidad.

—En otras cosas también debe serlo.

—No la veré nunca más.

—Así lo espero.

Y Mauricio volvió á casa de su padre, con el